

EL CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN. EL PLAN DE IGUALA Y LA INDEPENDENCIA DE 1821



JOAQUÍN E. ESPINOSA AGUIRRE
UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

Cuando en 1820 fue restituida la Constitución de la Monarquía española en todas sus posesiones americanas, la Nueva España vio nuevamente trastocada su aparente tranquilidad. Y aunque la insurgencia había sido casi neutralizada, la economía de prácticamente todas las provincias estaba en quiebra, las fuerzas armadas extremadamente crecidas y la moral social por los suelos, pues no se confiaba en que las tropas virreinales pudieran obtener la victoria definitiva. Además, el régimen constitucional permitió que aparecieran una enormidad de periódicos, pasquines y hojas sueltas, en las que el malestar de la población se dejó sentir, sobre todo al criticar al gobierno español y sus emisarios en América. Se acercaba un nuevo cataclismo.

De esta situación estaba muy enterado el comandante retirado Agustín de Iturbide, quien sabedor de que se gestaban “mil revoluciones”, decidió lanzarse a la contienda, según refiere en su *Manifiesto al mundo*. Por ello, dio a conocer en Iguala su Plan de independencia de la América Septentrional el 24 de febrero de 1821, con el que se daba organización al movimiento que lograría en unos cuantos meses la independencia.

Se puede especular que el plan ya estaba formado desde finales del mes de enero, ya que el día 25, Iturbide le refirió a Pedro Celestino Negrete, comandante de la jurisdicción de Nueva Galicia, que se acercaba “el día grande... no desconfío ni un momento del éxito, porque el plan es justo”. Además, hay razones suficientes para creer que desde el 12 de febrero habían sido impresos algunos ejemplares en Puebla, a cargo del padre Joaquín Furlong.

El caso es que, una vez proclamado en Iguala, Iturbide se encargó de enviar el plan a diversos personajes notables del gobierno virreinal, entre los que estaban algunos obispos, intendentes y miembros de la élite provincial, además del virrey Juan Ruiz de Apodaca, quien inmediatamente giró una orden a los comandantes de las provincias para prevenirlos sobre el proyecto de Iturbide, al que llamaba anticonstitucional, al tiempo que los invitaba a “ser fieles al rey y obedecer las leyes”.



Alegoría del Plan de Iguala

Agustín de Iturbide: autor del
Plan de Iguala



Días después, el Primer Jefe trigarante reglamentó los uniformes y banderas que se usarían por parte del ejército nacional, por medio de la circular que dio a conocer en Teloloapan, donde especificaba que debían usar una bandera compuesta por tres colores diagonalmente colocados; el primero será rojo, el segundo verde y el tercero blanco, quedando en el verde una corona imperial bordada con seda color de oro, rodeada con el mote: Religión, Independencia y Unión, y debajo el número del regimiento o batallón. Con ello, nacía la bandera nacional.

Al momento de dar a conocer sus intenciones abiertamente, Iturbide ya tenía comprometidos a varios personajes de las fuerzas armadas virreinales e insurgentes, unidos bajo su mando. Al parecer, desde noviembre de 1820 ya había escrito en privado a personajes como Pedro Celestino Negrete, Anastasio Bustamante, Luis Cortazar, Joaquín Parres, Miguel Barragán, Luis Quintanar, José Joaquín de Herrera y muchos más, a quienes había logrado comprometer antes del 24 de febrero; a ellos se sumaron los hombres al mando de Vicente Guerrero, Pedro Asencio, Juan Álvarez y Gordiano Guzmán, insurgentes que habían resistido en el sur.

Las razones para atraerse a estos personajes fueron muy diversas, desde la promesa de buscar la independencia absoluta hasta combatir los postulados más radicales de las Cortes españolas frente a la abolición del fuero militar y la extinción de ciertos cuerpos armados. Además, la alternativa que se ofreció en Iguala amainaba un poco las penurias que habían sufrido estos soldados a causa de la falta de pagos, las largas campañas que parecían no tener un final cercano y la escasez de gratificaciones y premios por sus incansables labores. Ofrecía un nuevo inicio en donde los militares obtendrían el mayor reconocimiento.

Ahora bien, se debe destacar que en un primer momento el movimiento trigarante tuvo varias dificultades en el sur del virreinato, sin embargo, pronto encontró apoyo en dos regiones de la mayor importancia: al norte, en el Bajío, desde donde se logró extender el movimiento a Nueva Galicia (Jalisco), Michoacán, San Luis Potosí y Querétaro; y al oriente, en los Llanos de Apan, desde donde pudo expandirse hacia la sierra de Veracruz y Puebla.

El triunfo sobre estas últimas dos provincias se debió al ex realista José Joaquín de Herrera y el ex insurgente Nicolás Bravo, quienes coordinaron sus acciones prácticamente desde la jura del Plan de Iguala, además del apoyo de obispo Antonio Joaquín.

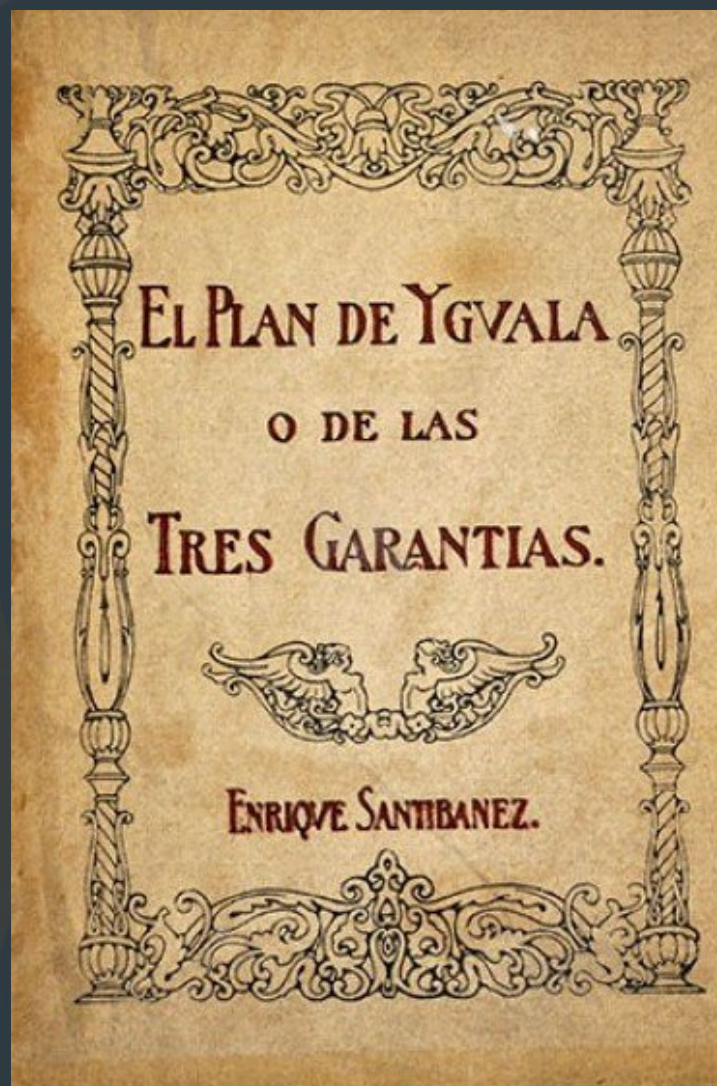
ín Pérez, quien aportó muchos recursos al movimiento y dio su apoyo estratégico desde la capital poblana. Por su parte, el Bajío logró ser controlado por Bustamante y Cortazar en un primer momento, para después recibir el crucial respaldo de Parres, Barragán y el ex insurgente Ramón Rayón en tierras michoacanas.

Es cierto que la presión militar ejercida por estos oficiales tuvo una gran injerencia para que las autoridades políticas de las provincias se inclinaran hacia la independencia, sin embargo, puede pensarse que la promesa que realmente atrajo a las élites y a la población de las diversas ciudades, pueblos y villas fue la garantía de la unión, ya que con ello se aseguró, además de una toma pacífica, el respeto a la propiedad y “el olvido general” de las viejas afrentas. Era un verdadero nuevo inicio.

Con el que sería conocido como Plan de Iguala, Iturbide dio una alternativa de solución luego de tantos años de guerra, basada en la reconciliación de los diferentes sectores de la sociedad. No sólo se trató del reconocimiento a la religión católica y a la independencia, sino que fue la fraternidad entre los pobladores del imperio naciente el punto clave de lo ofrecido por este proyecto libertario, tan diferente a lo sucedido una década atrás con el inicio de la lucha insurgente, con la que los diferentes sectores novohispanos se habían fragmentado más allá de unirse.

Fue así que, a pesar de los odios y rencillas, una causa unificada logró en siete meses lo que otros líderes no pudieron en once años. Durante siete meses se había gestado y derrotado el movimiento del cura Hidalgo, y tan sólo siete meses duró la intervención militar del navarro Xavier Mina; pero en 1821, las condiciones estaban dadas para que una fuerza, bien organizada, respaldada por amplios sectores de la sociedad, tanto castrense como eclesiástica, y que además contaba con una dirigencia firme y decidida como la de Iturbide, pudiera triunfar.

Las provincias fueron cayendo de marzo a septiembre, cuando se cumplió la feliz premonición hecha por un eclesiástico sumado a la trigarancia: “quebrantóse el lazo y quedamos en libertad”.



Portada de libro sobre el Plan de Iguala